

# *El debate parlamentario sobre la expropiación de La Prensa (1951).*

## *La intervención de John William Cooke*

Claudio Panella (\*)

La intención del presente trabajo es brindar una aproximación a los debates parlamentarios que dieron como resultado la expropiación del diario La Prensa en 1951 tomando como referencia el discurso pronunciado por el diputado peronista John William Cooke. Dentro de un contexto en el que el oficialismo sostenía que el citado periódico era una empresa ligada al capital extranjero y por tanto vocera de intereses oligárquicos y antinacionales, y la oposición radical entendía que la clausura del mismo era un atentado del gobierno a la libertad de prensa, la participación de Cooke fue de trascendencia puesto que al refutar con sólidos argumentos lo que expusieron sus adversarios, le brindó a su bancada el sustento ideológico necesario para superar con ello el nivel general del debate.

### *La Prensa antes del peronismo*

El diario *La Prensa* fue fundado por José Clemente Paz el 18 de octubre de 1869, convirtiéndose de inmediato en una voz seria y confiable del pensamiento liberal conservador, en la medida en que estaba dirigido a los sectores sociales que ocupaban posiciones prominentes. Según el propio diario, la independencia y la libertad conformaron la «síntesis exacta del espíritu de *La Prensa*». <sup>(1)</sup> De un estilo franco y directo, con una contundencia de juicio mayor que *La Nación*, el otro periódico tradi-

cional que defendía ideas parecidas, *La Prensa* supo ganarse un lugar en el público lector. Sus editoriales «sinceros hasta el cinismo» a decir de Arturo Jauretche, <sup>(2)</sup> que no pocas veces contenían conceptos arbitrarios o caprichosos, se hicieron famosos y temidos a la vez. La severidad con que *La Prensa* desmenuzaba los temas de interés y emitía sus opiniones, la convirtieron en la preocupación de los gobiernos de turno, aun aquellos a los que el diario, en líneas generales, apoyaba. Sus lectores y sus influencias periodísticas en el exterior la convirtieron pronto en una institución intocable, desde la que se dictaba cátedra a todo el país, teniendo siempre muy en cuenta los deseos, pretensiones, necesidades y temores de la clase de la que se sentía su principal vocera. <sup>(3)</sup> «Lo dice *La Prensa*» era, al menos hasta mediados de este siglo, una frase que revelaba más de lo que decía, pues daba por descontada la «veracidad», no solo de las apreciaciones del diario sino también de sus categorías interpretativas. Porque si comprar un diario implicaba (e implica aún hoy) un acto ritual, donde la fidelidad del lector al medio es un componente fundamental, esta circunstancia lo era en grado sumo en el caso de *La Prensa*.

Desde su fundación y hasta el acceso de la Unión Cívica Radical a la presidencia de la República, el periódico tuvo distintas ópticas para referirse a los sucesivos gobiernos, pero se mostró invariable en dos temas puntuales, a saber: una defensa a ultranza del modelo económico liberal, y una cerrada oposición a todo tipo de derecho o reivindicación de la clase obrera. <sup>(4)</sup> No extrañó entonces que durante la primera marcha de desocupados de que se tiene noticias, producida en 1897, los manifestantes quisieran incendiar sus instalaciones. <sup>(5)</sup> Ni que en 1919 despidiera a varios empleados que solicitaron mejoras salariales para todos los que trabajaban en la empresa. <sup>(6)</sup>

Sus mayores odios a partir de 1916 tuvieron como destinatario a Hipólito Yrigoyen, a quien acusaba de realizar un «manejo dictatorial del gobierno». <sup>(7)</sup> Fue así que participó en la campaña de prensa en contra del caudillo radical a partir de 1928 y que culminó con el derrocamiento de este. <sup>(8)</sup> Durante la década del 30 *La Prensa* criticó en varias oportunidades el

fraude, aunque se congratuló con distintas medidas de los gobiernos de la época, como el Tratado Roca-Runciman y el reforzamiento de los lazos políticos y económicos con Gran Bretaña.<sup>(9)</sup> A todo esto, su prestigio fue en aumento y se reflejó en sus ediciones: los 220.000/250.000 ejemplares diarios que vendía en 1925<sup>(10)</sup> aumentaron durante el decenio siguiente, alcanzando picos como el de 500.000 el 25 de mayo de 1930<sup>(11)</sup> y de 745.894 el 1º de enero de 1935.<sup>(12)</sup> Esto demuestra que los lectores del periódico no eran solamente los que ocupaban lo más alto de la escala social sino que también compraban el matutino los sectores medios y bajos debido a la gran cantidad de avisos clasificados que se publicaban en sus páginas.

### La Prensa y el peronismo

El gobierno militar surgido del golpe de Estado de 1943 que terminó con la denominada «Década Infame», pero sobre todo la aparición y ascenso al poder de Juan Domingo Perón a partir de 1946, marcaron a fuego a *La Prensa*. Efectivamente, el peronismo, como movimiento político de tipo nacional-popular, conjugó por su ideología, sus componentes sociales y su forma de ejercer el gobierno todo lo que a juicio del periódico era negativo para el país. Se potenciaba, en grado sumo, lo que en su momento representó el yrigoyenismo.

Fue así que del 26 de abril al 1º de mayo de 1944 el diario fue clausurado por el gobierno del general Farrell a raíz de un editorial titulado «Ahorro en los hospitales públicos», en donde criticaba la reducción de gastos en dichas reparticiones.<sup>(13)</sup> A fines del año siguiente, ya encolumnada en contra del entonces Coronel Perón, *La Prensa* justificó sin ambages el look-out patronal realizado por empresarios y comerciantes que se oponían al otorgamiento del aguinaldo.<sup>(14)</sup> Durante la campaña electoral que culminaría con los comicios del 24 de febrero de 1946, se identificó sin pudores con la Unión Democrática, a la que dedicó más del 90% de la información, anoticiando menos del 10% restante a los candidatos peronistas.<sup>(15)</sup> El historiador Félix Luna señala al respecto: «Desde el punto de vista de la ética periodística, la posición de la prensa independiente fue condenable. El castigo a

este sectarismo llegó por sí mismo: la deformación de la realidad fue tan completa que todos, los que escribían y los que leían, llegaron a convencerse de que la imagen presentada era cierta; que la Unión Democrática representaba la arrasadora mayoría del país frente a minúsculas turbas despreciables».<sup>(16)</sup>

Ya con Perón ejerciendo la presidencia constitucional de la República, *La Prensa* se erigió en el más enconado adversario periodístico llevando adelante una crítica sistemática a su obra de gobierno. El diario fustigó tanto los aspectos negativos de aquel, como ser sus rasgos autoritarios que afectaban fundamentalmente las libertades públicas, como aquellos aspectos positivos, concretamente las medidas tendientes a la redistribución progresiva de la riqueza y, sobre todo, a la promoción de los derechos de los trabajadores. Y si *La Prensa* consideraba al gobierno justicialista como una expresión política antidemocrática, un remedo vernáculo de los totalitarismos europeos derrotados en la guerra, el peronismo estaba convencido de que el periódico era ante todo una gran empresa comercial ligada al capital extranjero, y por lo tanto fiel vocera de las minorías de privilegio desplazadas de la escena pública desde 1943. El propio Perón, en carta enviada al senador chileno Arturo Alessandri fechada el 29 de agosto de 1949, calificaba a *La Prensa* y a su colega *La Nación* como «diarios de la oposición en manos de la oligarquía argentina y pagos, en forma disimulada, por los intereses foráneos».<sup>(17)</sup>

Con relación al conflicto propiamente dicho entre el gobierno y el diario, el mismo se dio en dos planos a la postre convergentes, el fiscal y el gremial. El problema fiscal se relacionaba con los derechos de aduana del papel para diarios. El 31 de octubre de 1946 un abogado, Eugenio Moraggi, se presentó en la Aduana de Buenos Aires denunciando que los diarios *La Prensa* y *La Nación* estaban defraudando al Fisco por imprimir los avisos comerciales de sus ediciones diarias en papel que no había pagado derechos de importación.<sup>(18)</sup> El fallo de la Aduana, dado a conocer el 28 de febrero de 1948, dictaminó que no había existido defraudación, pero señaló que los dos diarios debían pagar los derechos aduaneros correspondientes al papel empleado en la impresión de los

## Notas

- (1) Por defender la libertad, Buenos Aires, Diario «La Prensa», 1957, págs. 12-13.
- (2) *100 años contra el país*, Buenos Aires, Sindicato de Luz y Fuerza, 1971, pág. 87.
- (3) Sirven, Pablo, *Perón y los medios de comunicación* (1943-1955), Ed. CEAL, Buenos Aires, 1984, pág. 95.
- (4) *100 años...*, op. cit., págs. 9 a 57.
- (5) Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1993, pág. 17.
- (6) Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, año 1950, Buenos Aires, Publicación del Cuerpo de Taquígrafos del Senado de la Nación, 1951, tomo I, p. LXXXII y XCVII.
- (7) *100 años...*, op. cit., pág. 76.
- (8) *Ibidem*, pág. 83.
- (9) *Ibidem*, págs. 96-99.
- (10) De Pedro, Valentín, *«La Prensa» de Buenos Aires*, Imprenta Castellana, Madrid, 1925, pág. 82.
- (11) Ulanovsky, Carlos, *Parén las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Ed. Espasa, Buenos Aires, 1997, pág. 114.
- (12) *Ibidem*, pág. 32.
- (13) Por defender... op. cit., págs. 77-81.
- (14) *100 años...*, op. cit., pág. 106.
- (15) Luna, Félix, El 45. *Crónica de un año decisivo*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1975, págs. 439-440.
- (16) *Ibidem*.
- (17) *Diario secreto de Perón*. Anotado por Enrique Pavón Pereyra, Ed. Sudamericana/Planeta, Buenos Aires, 1985, pág. 102.
- (18) Sirven, P., op. cit., pág. 98; Por defender... op. cit., págs. 101-102.

avisos publicados en sus ediciones desde 1939 (año en que se declaró libre de derechos de importación al papel destinado a la impresión de diarios, periódicos, libros, folletos, revistas, «excluidas los de carácter comercial») hasta 1948.<sup>(19)</sup>

Paralelamente el gobierno, ante la escasez de papel para diarios, decidió en octubre de 1948 limitar su consumo «en forma tal que no incida sobre el número de ejemplares que actualmente llega al público»,<sup>(20)</sup> por lo que dispuso la reducción del número de páginas de los diarios. Así, *La Prensa* redujo las suyas de 30 a 16.<sup>(21)</sup> El golpe económico que esta medida supuso fue durísimo para el diario: en la semana previa a la reducción (2 al 8 de octubre) había publicado en sus páginas un total de 56.961 anuncios, de los cuales 49.268 eran clasificados, que disminuyeron a 24.875 y 18.021 respectivamente un mes y medio después (20 al 26 de noviembre).<sup>(22)</sup> Estas dificultades sin embargo, no afectaron la fidelidad de los lectores al diario sino todo lo contrario: su tirada aumentó de 435.000 ejemplares diarios y 520.000 dominicales en diciembre de 1949 a 480.000 y 550.000 respectivamente en noviembre del año siguiente.<sup>(23)</sup>

En lo concerniente al conflicto gremial se produjo entre el periódico y el Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines, cuyo titular era Napoleón Sollazo, y que tuvo un antecedente en 1947, cuando este había solicitado al diario la supresión de la cartera de suscriptores que a su entender los perjudicaba.<sup>(24)</sup> Pero a comienzos de 1951 la exigencia fue mayor. El petitorio dirigido por el sindicato a la empresa el 23 de enero solicitaba: a) la supresión de las sucursales de la empresa, por cuanto competían con la labor del gremio; b) la supresión de los suscriptores y el reconocimiento de la entidad gremial como persona con derecho exclusivo a distribuir y vender el diario; y c) la participación del sindicato en el 20% de las ganancias de los avisos clasificados, las cuales se destinarían a la obra social del mismo.<sup>(25)</sup> Como la empresa no accedió a estos reclamos, el gremio decidió un paro de actividades. El Ministerio de Trabajo declaró la conciliación obligatoria, pero en las reuniones llevadas a cabo por las partes los días 16, 19 y 21 de febrero no se llegó a ningún acuerdo.<sup>(26)</sup> Paralela-

mente, el diario había dejado de editarse desde el 26 de enero.

Ante esta situación, los empleados del diario resolvieron reanudar sus tareas el 27 de febrero. Cuando en su conjunto se encaminaron a los talleres del periódico, los sorprendió un tiroteo que arrojó como saldo la muerte del obrero Roberto Nuñez, de 36 años, perteneciente a la sección expedición, y heridas en otros 14 trabajadores. Ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, la Confederación General del Trabajo decidió tomar partido en el conflicto, lo cual no le resultó demasiado difícil debido a la tradicional postura antisindical del diario.<sup>(27)</sup>

En la reunión de Secretarios Generales convocada al efecto el 2 de marzo, los oradores, entre ellos el Secretario General de la Central Obrera, José Espejo, fustigaron duramente al periódico. Como conclusión de las deliberaciones se resolvió mantener la huelga de los canillitas acompañándola con un boicot a la empresa y un paro de actividades de carácter nacional en repudio de *La Prensa* para el día 13 de marzo de 15 a 15.15 hs.<sup>(28)</sup>

La próxima instancia del conflicto fue su tratamiento por el Congreso Nacional en sesiones extraordinarias. El 16 de marzo ambas Cámaras aprobaron la conformación de una Comisión Parlamentaria Mixta interventora e investigadora de la empresa propietaria del periódico.<sup>(29)</sup> Esta Comisión actuó entre los días 20 de marzo y 9 de abril, revisando las instalaciones del diario y su contabilidad, aconsejando la expropiación del mismo. Finalmente, ambas Cámaras sancionaron el 12 de abril la ley N° 14.021, que declaraba «de utilidad pública y sujetos a expropiación todos los bienes que constituyen el activo de la sociedad colectiva *La Prensa*».<sup>(30)</sup>

El periódico reapareció el 19 de noviembre siguiente pero como vocero de la Confederación General del Trabajo, entidad a la cual había sido entregado. Luego de la caída del peronismo y por decreto-ley N° 4.360 del 30 de noviembre de 1955, fue derogada la ley de expropiación restituyéndose en consecuencia *La Prensa* a sus dueños originarios, reanudando sus ediciones a partir del 3 de febrero de 1956.<sup>(31)</sup>

<sup>(19)</sup> Por defender... op. cit., págs. 101-103.

<sup>(20)</sup> *Ibíd.*, pág. 136; Sirven, Pablo, op. cit., pág. 89.

<sup>(21)</sup> Por defender... op. cit., pág. 136-137.

<sup>(22)</sup> *Ibíd.*, pág. 140.

<sup>(23)</sup> *Ibíd.*, pág. 146.

<sup>(24)</sup> Sirven, P., op. cit., pág. 99.

<sup>(25)</sup> Por defender... op. cit., págs. 160-161.

<sup>(26)</sup> *Ibíd.*, págs. 173-178.

<sup>(27)</sup> Cfr. Diario de Sesiones ... op. cit., págs. LXXXVIII a XCVI.

<sup>(28)</sup> Confederación General del Trabajo de la República Argentina, *Memoria y Balance anual - XXI<sup>o</sup> ejercicio, 1950-septiembre-1951*, Buenos Aires, 1952, págs. 31 a 37.

<sup>(29)</sup> Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, año 1950, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1951, tomo V, pág. 4200.

<sup>(30)</sup> Anales de la legislación argentina, 1951, Buenos Aires, *La Ley*, 1958, tomo XI-A, pág.1.

<sup>(31)</sup> Anales de la legislación argentina, 1955, Buenos Aires, *La Ley*, 1961, tomo XV-A, págs. 607-609.

John William Cooke nació en la ciudad de La Plata el 14 de noviembre de 1919 en el seno de una familia de origen irlandés y militancia radical. Su padre, Juan Isaac, era dirigente del radicalismo bonaerense y en ese carácter fue ministro de Gobierno provincial en la década de 1920 y diputado nacional en la siguiente, cuando se ubicaba en el sector alvearista de la interna partidaria.<sup>(32)</sup> John, apodado con el tiempo «El Bebe», comenzó muy joven su actividad política colaborando con su padre en el Congreso. También, y como estudiante de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, participó activamente en la Unión Universitaria Intransigente, agrupamiento de orientación radical. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial se convirtió en un decidido aliadófilo, llegando inclusive a integrar la Acción Argentina.<sup>(33)</sup>

La Revolución de 1943 y el ascenso de Juan Perón coinciden con su viraje ideológico que lo acercan a posturas nacionalistas primero y de allí al peronismo naciente después. Este cambio debe ser adjudicado, según Norberto Galasso, a la influencia de su amigo César Marcos.<sup>(34)</sup>

El triunfo de Perón en 1946 lo consagra diputado nacional con apenas 26 años en representación de los ciudadanos de la Capital Federal, banca que ocupará hasta 1952. Su desempeño como legislador lo muestran como un peronista militante que defendió con gran convicción las tres banderas históricas del Justicialismo: justicia social, soberanía política e independencia económica.<sup>(35)</sup> Así, en agosto de 1946 fue uno de los siete diputados oficialistas que votaron en contra de la ratificación de las Actas de Chapultepec, pues entendía que las mismas importaban una menzura para la soberanía nacional.<sup>(36)</sup> Otra oportunidad para reafirmar su nacionalismo se dio en 1949, cuando el Congreso le rindió homenaje al historiador Adolfo Saldías. Allí puso de manifiesto su pertenencia al revisionismo histórico (en 1954 fue elegido vicepresidente del Instituto Juan Manuel de Rosas)<sup>(37)</sup> al expresar, en clara alusión a la historia oficial, que «creemos que sólo se puede obtener la liberación económica nacional a través de la destrucción de esos

dogmas históricos falsamente fabricados».<sup>(38)</sup> Y fue precisamente en el tratamiento de las cuestiones económicas donde Cooke mostró su fuerte oposición al liberalismo económico y, como contrapartida, una firme defensa de la intervención estatal en la economía. Esto ocurrió en 1947 cuando el parlamento trató una ley antimonopólica y luego el Primer Plan Quinquenal y en 1948, cuando se discutió la caducidad de la concesión a la Corporación de Transportes.<sup>(39)</sup> Coinciden los autores que han estudiado sus discursos que su tratamiento de los asuntos económicos, en especial los referidos al desarrollo y tendencias del sistema capitalista, demuestran que había leído a Marx, Engels, Hilferding y Lenin.<sup>(40)</sup> Richard Gillespie arriesga que «de hecho se puede afirmar que muchas de las bases teóricas para la posterior conversión de Cooke al marxismo ya estaban presentes en el período».<sup>(41)</sup>

#### Un acto revolucionario

El primer debate parlamentario sobre el «caso La Prensa» se llevó a cabo el 16 de abril de 1951, tratándose la conformación de una Comisión investigadora de la empresa propietaria del periódico. Allí los diputados del oficialismo peronista que hicieron uso de la palabra, como Rodolfo Decker, José Visca y Eduardo Colom, plantearon la cuestión desde la óptica de la soberanía nacional: *La Prensa* era una empresa capitalista al servicio de intereses foráneos, fiel vocera de los enemigos de las mayorías populares y por lo tanto actuaba permanentemente en contra de la Nación. La oposición radical por su parte, a través de Arturo Frondizi y Silvano Santander, argumentó que era un ataque a la libertad de prensa, una medida autoritaria que tenía por objeto acallar una voz opositora al gobierno. John William Cooke en tanto fue quién profundizó los argumentos de su bancada e incluso fue más allá pues señaló que el conflicto del peronismo con el periódico excedía el tema de la formación de una Comisión investigadora y lo que esta pudiese llegar a dictaminar: «Hasta tanto sepamos los resultados de su labor, sería prematuro adelantar opiniones sobre cuáles pueden ser las verdaderas ramificaciones que tenga este conflicto de 'La

<sup>(32)</sup> En 1945 fue Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno revolucionario y durante el primer gobierno peronista se desempeñó como embajador en el Brasil.

<sup>(33)</sup> Galasso, Norberto, *Cooke: de Perón al Che. Una biografía política*, Ed. Homo Sapiens, Buenos Aires, 1997, págs. 7-10.

<sup>(34)</sup> *Ibidem*, págs. 12-14.

<sup>(35)</sup> Gillespie, Richard, *John William Cooke. El peronismo alternativo*, Ed. Cántaro, Buenos Aires, 1989, pág. 39.

<sup>(36)</sup> Galasso, N., op. cit., pág. 26.

<sup>(37)</sup> Gillespie, R., op. cit., pág. 10, Introducción II de Fermín Chávez.

<sup>(38)</sup> Galasso, N., op. cit., pág. 32.

<sup>(39)</sup> *Ibidem*, págs. 27-31 y Gillespie, R., op. cit., págs. 42-43.

<sup>(40)</sup> *Ibidem*, págs. 28 y 43-44 respectivamente.

<sup>(41)</sup> Gillespie, R., op. cit., pág. 39. Acerca de la actuación política y viraje ideológico hacia posiciones izquierdistas de Cooke posteriores a 1955 véase, además de los citados trabajos de Galasso y Gillespie, los de Goldar, Ernesto, *John William Cooke y el peronismo revolucionario*, Ed. CEAL, Buenos Aires, 1985 y Gil, Germán R., *La izquierda peronista (1955-1974)*, Ed. CEAL, Buenos Aires, 1989. Asimismo las obras del propio Cooke y la correspondencia mantenida con Perón.

Prensa'. Pero para mí, por encima de las conclusiones a que pueda llegar la comisión investigadora, me interesa mucho más plantear un problema general que es de conciencia revolucionaria en relación con la llamada 'prensa seria', con la que nosotros llamamos 'prensa mercantil' de la República.

Podrá el diario en cuestión estar perfectamente a salvo en el aspecto legal; podrá haber cuidado las formas en todas sus actividades, pero como diputado revolucionario y como hombre que tiene por costumbre decir las cosas tal cual las siente, afirmo que el diario 'La Prensa' tiene contraída con el pueblo de la República la deuda de sus grandes pecados».<sup>(42)</sup>

El conflicto entonces era profundo y de ninguna manera coyuntural, pues a juicio de Cooke el periódico había predicado siempre en contra de los intereses nacionales y, por supuesto, en contra de la clase trabajadora: «Nosotros estamos contra 'La Prensa' por razones mucho más serias, mucho más fundamentales. Estamos contra 'La Prensa' porque creemos que diarios de esa clase son los que han minado las bases de la nacionalidad; creemos que 'La Prensa' es uno de los obstáculos, como hay muchos otros en el continente, que han impedido o demorado todas las posibilidades de reivindicaciones proletarias en Latinoamérica. Nosotros lo decimos por encima de las contingencias de la comisión investigadora; lo decimos como hombres políticos que expresamos opiniones personales.

Nosotros estamos con los obreros y estamos contra 'La Prensa', porque 'La Prensa', por supuesto, siempre estará, como lo ha estado hasta ahora, contra los obreros y contra nosotros.

Este es el planteo revolucionario con respecto a este problema de 'La Prensa'. Nosotros con los nuestros; 'La Prensa' con los suyos y con sus aliados de dentro y de fuera del país y con todos aquellos que, aún sin estar complicados en las maquinaciones de los diarios capitalistas, creen que están defendiendo los intereses de la prensa libre y de la libertad de prensa». (...) «Nosotros estamos en contra de 'La Prensa'. Si la comisión llega a decirnos que 'La Prensa' está en regla, que no ha transgredido ninguna disposición legal, ella seguirá su vida normalmente; pero nosotros estaremos contra ella, como 'La Prensa' seguirá estando contra nosotros.

No es éste para nosotros un planteo circunstancial, sino de fondo. Si 'La Prensa' tiene razón, tiene que estar equivocado el país, y si tiene razón el país, están equivocados 'La Prensa' y todos quienes tienen conexiones con ella».<sup>(43)</sup>

Más adelante ahondó Cooke en el carácter meramente lucrativo que tenían las empresas periodísticas, lo cual conspiraba contra la verdadera libertad de prensa. Decía el diputado peronista: «Si fuera exacto que está en juego la libertad de prensa, ninguna voz se levantaría en contra de este principio fundamental de los derechos humanos; pero esto no es la libertad de prensa. La libertad de prensa es una cosa auténtica, que se está mancillando a través del plan distorsionado que se está siguiendo en este asunto. Nosotros creemos en la libertad de prensa, de la prensa independiente y de la ideológica, de la equivocada y de la que está en la verdad; pero en lo que no creemos es en el derecho de estas empresas mercantiles y capitalistas para procurar que los resortes del Estado se pongan al servicio de sus intereses cada vez que hay cuestiones gremiales en juego».<sup>(44)</sup>

La libertad de prensa, tal cual la entendían las empresas periodísticas, se convertía según Cooke en otro instrumento de dominación de los países imperialistas: «Nosotros sabemos que para el imperialismo el principio de la libertad de comercio, el principio de la libertad de concurrencia, el principio de la libre actividad privada y el principio de la libre empresa son todos fantasmas y mitos que a la larga sirven para acentuar cada vez más la desigualdad que ya existe entre países coloniales y capitalistas.

Desgraciadamente, a través de los procesos históricos de la humanidad, la libertad de prensa, junto con estas otras libertades que he mencionado, ha venido a constituir un instrumento más de aherramiento, de sometimiento de los pueblos coloniales y semicoloniales.

¡Qué nos vienen a hablar de libertad de prensa! El propósito es querer embaucarnos con una supuesta igualdad juridicoformal, que es el punto de arranque de la exacerbación de la desigualdad social y económica. En vez de la fórmula de nuestro presidente de que haya 'menos ricos y menos pobres', lo que se busca es que haya menos ricos y muchos mas pobres».<sup>(45)</sup>

<sup>(42)</sup> Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación..., op. cit., pág. 4181.

<sup>(43)</sup> *Ibíd.*, págs. 4181-4182 y 4184-4185.

<sup>(44)</sup> *Ibíd.*, págs. 4182-4183.

<sup>(45)</sup> *Ibíd.*, págs. 4183.

Pero además, y en la medida en que se producía una peligrosa concentración de empresas periodísticas que beneficiaba a las más poderosas en detrimento de las más pequeñas, se desvirtuaba así la función informativa primaria que todo medio de difusión debía tener: «Las empresas periodísticas como la que consideramos hoy están en un mundo de trusts, de cartels, de holdings, de toda forma de integración monopolista. La llamada 'prensa grande' no ha escapado a este proceso; se han ido integrando, concentrando y al final han venido todos los órganos de opinión de importancia comercial a quedar en manos de pocos propietarios que siempre están vinculados directamente a las altas finanzas y a los grandes negocios. (...) Se nos podrá decir que es una afirmación que hacemos los peronistas desde aquí, pretendiendo interiorizarnos de cosas de los Estados Unidos. No es así. Una de las publicaciones que gozan de más fe en los propios círculos afectos a este tipo de prensa, como 'The Economist', de Londres, decía que a través de estas declaraciones 'se preparaba el camino al dominio mundial de los Estados Unidos, mediante agencias informativas norteamericanas poderosas desde el punto de vista financiero'. Por supuesto que al mismo tiempo la Associated Press acusó de idéntico delito a la revista 'The Economist'. La verdad es que ambos tenían razón. El proceso de concentración ha sido paralelo en Estados Unidos y en Inglaterra. A través de los años ha ido restringiéndose el número de periódicos y formándose las grandes integraciones capitalistas que manejan todos los medios de información, difusión y publicación de noticias escritas. Tanto la Reuter como la Associated Press y la United Press poseen una red internacional y una organización privada, al margen de la cual hay poco menos que una imposibilidad total para actuar a las demás agencias noticiosas, salvo que cuenten con apoyo de gobiernos igualmente poderosos. Una sola de ellas controla 285.000 millas de cable telegráfico contratado especialmente para su explotación monopolista».<sup>(46)</sup>

A juicio de Cooke este proceso de concentración monopolista de los medios de información, particularmente en los Estados Unidos, formaba parte de la propia naturaleza del sistema capitalista y era por ello

atentatorio de la libertad de prensa. «La concentración de la industria conduce fatalmente al monopolio, tiende a la expansión y busca ampliar la zona dominada por los monopolios rivales. Es simplemente una ley económica de la sociedad capitalista. De ninguna manera una lucha de ideas. (...) En Norte América había en 1920, 2.000 diarios y actualmente hay alrededor de 1.700. En 1.100 ciudades de Estados Unidos hay solamente un periódico, y en las 160 ciudades donde hay más de uno, ellos se encuentran en manos de un propietario o grupo de propietarios. Salvo contadas excepciones, la regla es que el periódico es un instrumento más de las clases dominantes en perjuicio de las clases económicamente menos favorecidas.(...) Después de estas afirmaciones, ¿puede hablarse con seriedad de prensa libre? ¿o podemos directamente dar a estas empresas el nombre que verdaderamente tienen? Son empresas de lucro, de integración capitalista, y que lógicamente buscan lo que buscan todas las empresas capitalistas: reparar dividendos, favorecer a sus accionistas.

No se puede creer que exista la posibilidad de que esos diarios, controlados de esta manera, vayan a jugarse en pos de un ideal o de un principio que pueda producirles un quebranto económico (...) Los propietarios de los grandes diarios, de las grandes agencias, están interesados en sacar un interés a su capital. Sus ideas y principios -cuando los tienen- se subordinan inexorablemente a su interés comercial (...).

Nosotros creemos que en lugar de dignificar el oficio periodístico, esos grandes diarios transforman a los hombres dignos, que son los auténticos productores de este ramo de la difusión de las noticias, en verdaderos prisioneros encerrados en cárceles sin rejas, obligados a servir los intereses de los grandes anunciadores. No se puede confundir prensa libre con la empresa periodística que persigue un negocio».<sup>(47)</sup>

Esta defensa del orden capitalista más no de la libertad de expresión que hacían las grandes empresas periodísticas las conducía necesariamente a oponerse a todo tipo de legítima reivindicación obrera o actividad gremial: «Estas son las consignas de todos esos diarios. Basta leer cualquiera de sus editoriales y seguir su trayectoria para observar que en el fondo

<sup>(46)</sup> *Ibídem.*

<sup>(47)</sup> *Ibídem*, págs. 4183-4184.

existe un respeto absoluto por los intereses constituidos en el orden capitalista y el más profundo desprecio por las reivindicaciones sociales.

Un importante diario de Estados Unidos decía, no hace mucho, con respecto a una demanda obrera por reducción de horas de trabajo, que la consecuencia inevitable será un exceso de descanso en la mayoría de los trabajadores, y que 'sería una verdadera tragedia quebrantar todo el programa económico por una hora más de descanso que nadie sabría aprovechar' (...).

Esa es la concepción que nosotros tenemos del actual conflicto gremial, y como podemos comprobar, ésta es también la concepción que tienen las masas proletarias y los servidores de los grandes diarios con respecto a estas empresas de tipo capitalista.

Es evidente que estas empresas comerciales podrán, inclusive, tener una orientación determinada, pero que su fin primordial es el fin de todas las empresas capitalistas: el beneficio que obtengan sus capitales impidiendo en lo posible la actividad gremial. Esa es la verdad no sólo en nuestro país sino también en los países que se han hecho eco de todas las protestas con motivo de la situación del diario 'La Prensa' (...)

¿Cómo cree el encargado de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado<sup>(48)</sup> que existe libertad de prensa, cuando esos mismos diarios que en un país vecino nos critican por el problema de 'La Prensa', no dijeron una sola palabra cuando los propietarios de las minas de estaño fusilaron a centenares de obreros y llenaron de sangre los hogares proletarios de un país hermano? ¿Cómo piensan esos señores del Departamento de Estado que nosotros vamos a creer en la crítica que nos formulan los diarios que sabemos están directamente vinculados a la industria del cobre, del estaño, del caucho, a las grandes empresas del canal de Panamá, a las empresas de servicio público, cuando está demostrado, a través de documentación seria y estudios concienzudos, que los diarios que se hacen eco de todas estas manifestaciones de tipo capitalista son, en el fondo, los resortes de un gran mecanismo que persigue el mismo fin que persigue 'La Prensa'?

Esa prensa grande es la prensa contra la que noso-

tros tenemos un agravio. Lo tenemos, no porque haya criticado nuestra obra de gobierno o a las personas que dirigen el movimiento revolucionario. Tenemos un agravio mucho más profundo. Recordamos que son ellos los que lanzaron la teoría disociadora de la nacionalidad y nos hicieron hacer proclamar doctrinas internacionales que iban a ser nocivas para nuestro país. Son ellos los que hablaban de la necesidad de proseguir con nuestro tipo de economía, de producción uniforme, la concepción que les parecía idílica: el sistema por el cual nosotros producíamos el cuero, lo mandábamos a Inglaterra y luego comprábamos los zapatos».<sup>(49)</sup>

Para Cooke, sin embargo, las mayorías nacionales, radicales yrigoyenistas antes y peronistas ahora, eran inmunes al tipo de discurso antipopular y antinacional que difundía *La Prensa*: «¿Cómo puede creer alguien que nos vamos a extrañar de que 'La Prensa', y los otros diarios del mismo tipo, a través del continente, ataquen a la revolución nacional y a su jefe? Si no tuvieron influencia para ganarnos, si no pudieron convencer a la opinión pública de su verdad el 24 de febrero, ¿por qué vamos a creer que ahora han de haber aumentado la eficacia de su razonamiento? Si en el pasado no pudieron detener la reelección de Yrigoyen, si no pudieron detener la inmensa mayoría radical, a la cual hubo que mantener apartada de los comicios por el fraude, a pesar de que en forma complaciente toda esta gran prensa estaba de acuerdo con el gobierno del régimen; si no pudieron, en suma, orientar nunca a la opinión pública, que no creyó en ellos, que sabía que no hablaban su idioma, ¿cómo pueden creer que a través de editoriales por mejor escritos que puedan estar, han de llevar al pueblo la sensación de que su voz es la voz de la tierra, la voz nuestra, la voz del sino nacional?

¿Cómo me pueden decir que un obrero argentino orientará su voto o su opinión por la que le vayan a inculcar por 'La Prensa'? Podemos ganar y perder votos, porque aunque el presidente de la República goza cada día de mayor popularidad, es evidente que cuando una revolución de nuestro tipo triunfa como ha triunfado, tiene mucho más importancia el contenido doctrinal que los meros resultados electorales. Aunque perdiésemos todos los votos, todavía segui-

<sup>(48)</sup> Se refiere a Edward Miller, quien había expresado su preocupación respecto de la situación por la cual estaba atravesando *La Prensa*, como así también que la opinión pública de su país había reaccionado de tal forma que su gobierno «se estaba viendo obligado a disminuir su política de cooperación» con nuestro país (Ibíd., pág. 4182).

<sup>(49)</sup> Ibíd., págs. 4185-4186.

ríamos afirmando que ninguno de ellos lo habría sido por la influencia de alguno de estos grandes diarios. Nosotros podríamos ser derrotados por otros argentinos que digan verdades más claras y mejores que las nuestras u ofrezcan un programa mejor, pero no vamos a hacer el agravio al pueblo argentino de creer que puede ser inducido a error por la propaganda maliciosa de las ramificaciones extranjeras del imperialismo internacional. (...). No suponemos que una revolución pueda ser torcida como no sea por la propia voluntad de los ciudadanos argentinos. Creemos que la influencia del diario 'La Prensa' no pasa más allá de los avisos de tipo mercantil».<sup>(50)</sup>

Al concluir su participación, Cooke sintetizaba los porqué de su posición y la de su bloque respecto de *La Prensa*, centrando su argumento en el discurso antinacional del periódico: «Nosotros resumimos un capítulo de cargos. Las generaciones futuras podrán enjuiciar a nuestro gobierno y formular las opiniones que quieran sobre nuestro presidente; pero nosotros ahora vamos a formular el juicio que nos merece el diario 'La Prensa' y todo el periodismo de ese tipo, dentro y fuera del país. Para nosotros han fomentado la sumisión y el ablandamiento de la voluntad nacional, y han tratado de resquebrajar el patriotismo. Tenía que ser muy fuerte el poderío de la tierra y del hombre de la tierra para poder luchar contra intereses coligados y ayudados a través de los diarios; y sin embargo, venció una y varias veces en nuestra historia.

Los acusamos de haber querido forjar para los argentinos una mentalidad inhibitoria y subestimativa de lo que es la propia valoración argentina. Los acusamos de haber negado los grandes valores de cultura del pueblo argentino, de haber querido engañarnos con la etiqueta de bonitos nombres para que no pudiésemos realizar nuestras conquistas económicas. De todo eso los acusamos. (...) No creemos que la conducta política interna e internacional del país pueda ser orientada en su parte más mínima por estos grandes diarios que pretenden orientar a la gran masa nacional desde atrás del mostrador de su tienda de mercachifles».<sup>(51)</sup>

## Conclusión

---

Lo primero que debe destacarse es lo obvio, esto es la necesidad de situarse en el tiempo de los acontecimientos aquí reseñados: casi medio siglo ha transcurrido desde que un gobierno expropió, por ley del Congreso Nacional, uno de los periódicos más tradicionales del país. Lo que hoy sería impensable e injustificable se produjo en una etapa de la historia del país sustancialmente diferente a la actual. El peronismo, que le imprimió a la Nación profundos cambios políticos, económicos y sociales, significó en sí mismo un fenómeno cultural. Y como dividió a los argentinos entre leales y adversarios, sin lugar para medias tintas, el conflicto que sostuvo con *La Prensa*, expresión opositora por excelencia, fue un reflejo de esa división.

Todo el arco opositor al peronismo percibía a este como un fenómeno irremediamente adverso a las instituciones y valores democráticos, casi una aberración que venía a modificar todo un modelo de Nación, estilo de vida, tradiciones y prácticas políticas que se creían incuestionables. Por ello, si para *La Prensa* el radicalismo yrigoyenista había sido un trago amargo, el peronismo le resultó decididamente indigerible. Al mismo tiempo, este haber accedido al gobierno en elecciones libres, sin fraudes ni proscripciones, se vio a sí mismo como defensor único y excluyente de los valores nacionales e intérprete del pueblo trabajador en su conjunto. El adversario, más que adversario propio, lo era del país. *La Prensa*, en ese contexto, se convirtió en un símbolo de la oligarquía y del capital extranjero, representante por lo tanto de los enemigos del pueblo argentino. En otras palabras, la rigurosa lógica antipopulista del diario debía tarde o temprano entrar en conflicto con esta novedosa expresión política y social de base obrera, antitética del modelo elitista de país que siempre defendió el periódico. Este conflicto alcanzó su máxima intensidad con la expropiación de aquel por ley del Congreso, y su posterior entrega a uno de los pilares del gobierno justicialista: la Confederación General del Trabajo, representante del movimiento obrero organizado.

En lo que a la participación de John William Cooke respecta dos fueron las líneas que expuso, que no

<sup>(50)</sup> *Ibidem*, pág. 4187.

<sup>(51)</sup> *Ibidem*, págs. 4187-4188.



solo le otorgaron sustento ideológico y argumental a su bancada sino que mostraron, debido a la profundidad del análisis, un intento de situarse un escalón más arriba del debate. Dichas líneas fueron, por un lado, entender el conflicto como de tipo «revolucionario», esto es que independientemente de lo que dictaminase la Comisión investigadora de la empresa propietaria del diario, el peronismo, como fiel representante de las mayorías nacionales y populares, debía seguir en la vereda de enfrente de *La Prensa*, órgano periodístico antinacional por excelencia. Por ello, cuando se decidió la expropiación del matutino, Cooke, que por supuesto votó afirmativamente la entendió como un «acto revolucionario».

Por otro lado, al hacer una clara diferenciación entre libertad de empresa y libertad de prensa Cooke apuntó al núcleo argumental de la oposición. En otras

palabras, lo que a su juicio debía defenderse no eran las empresas periodísticas que, como cualquier otro tipo de empresas, solo tenían por fin la obtención de lucro, tal era el caso de *La Prensa*, sino el derecho de los ciudadanos a acceder libremente a la información, que casi siempre era distorsionaba por aquellas cuando de reivindicaciones nacionales y populares se trataba. De allí que sostuvo que el proceso de concentración monopólica de los medios periodísticos, además de no escapar a la lógica propia del sistema capitalista, perjudicaba a la libertad de prensa y al pueblo en su conjunto en la medida en que se constituían en un instrumento más de las clases dominantes.

*(\*) Docente e investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social*